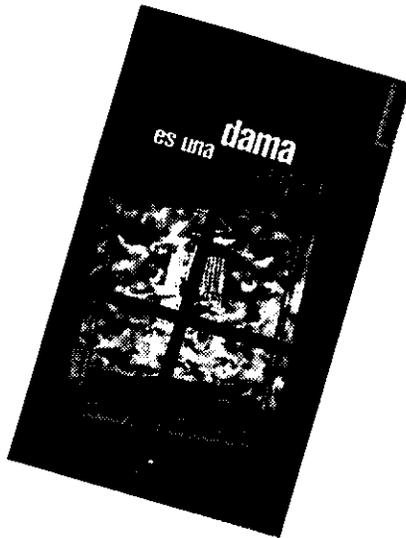


Bestiario de **fin de siglo**

Raúl Serrano Sánchez*



// **L**a dama es una trampa” de Galo Galarza (Eskeletra Editorial, Quito, 1996) es uno de esos libros con los que a Cortázar le gustaba meterse en el asombro de una ciudad que no representaba ningún albur para sus huesos o su marginalidad, claro en la medida en que esa ciudad (dama siniestra según el autor) era un invento, otro fantasma

a vestir o desvestir con los puntapiés que solo permiten la locura y un ojo que de pronto se desplaza en travelling por las calles y recovecos de una ciudad con la que se enfrenta, en tanto le sirve como gabarra para trasladarse de la realidad a la ficción, territorios en los que tomar partido y asumir posiciones es un riesgo que solo puede ser superado con el ejercicio de la pa-

(*) *Escritor y crítico ecuatoriano. Actualmente trabaja en el Centro Cultural “Benjamín Carrión”*

labra, que aquí le pertenece al autor en tanto y cuanto es instrumento para que los desterrados de todo paraíso (en este caso inmigrantes en búsqueda de la isla del tesoro) hablen sin sentirse traicionados o completamente desfigurados en sus pesadillas.

En "La dama es una trampa" no se apela a recursos desgastados como el análisis sociológico o el político, simplemente se sustenta, y sustenta, en los elementos que constituyen el discurso de la cultura del sentimiento, ese que ha hecho de lo rosa y cursi una categoría estética que al manejarse con solvencia, como sucede con el mal entendido "lugar común", termina por ser el narcótico que hechiza a los actores internos y externos de estas historias que son suma y razón de esas "realidades pequeñas" cuya relación parasitaria es inevitable para tejer una estrategia narrativa que le permite a Galarza desplazarse con las destrezas de un demiurgo que metamorfosea lo testimonial hasta darle un nivel de verdades supuestas (mentirosas) que en el maremágnum en que flotan no atentan contra los invitados y su libreto a filmar.

El libro tiene tres fases, la última está dedicada a los inmigrantes que se congelan en Canadá, se abre con "El escenario", descripción perversa de la topografía secreta de New York, donde perder la razón también significa encontrarla, por eso para Galarza las ciudades son "inocentes criaturas sin

vida a las que siempre, siempre deberíamos amar y volver" (pág. 17). En estos bloques, y otros de la Dama, ningún personaje se libra, a la hora de los aciertos o equívocos, de la locura; los otros, aquellos que respiran por la herida de la memoria, son aplastados por el espejismo del presente y las palabras de los que afirman, desdiciendo al horóscopo, habitar la tierra de los sueños, el paraíso que les escamotearon sin que ellos lo supieran.

La estructura que sostiene a esta dama (la dualidad atroz se da entre New York como condena y realización de todas las tentaciones y la patria dibujada en la memoria) no es forzada ni limitante; estamos frente a una estructura lúdica que le permite al lector alterar y caotizar según sus preferencias o displaceres, las partes del todo y viceversa; recurso que retoma o retorna a la rayuela cortazariana como patrón que a Galarza le permite avanzar en el trabajo de reconstrucción verbal sin perder intensidad y asombro, claves para cazar al lector hipotético que hipnotizado ha caído en la trampa de esos reportajes-ficción con los que Truman Capote, por ejemplo, se desayunaba a sangre fría cada vez que ponía la realidad al servicio de su lápiz y no al revés.

La sección II, "Poetas en Nueva York", convoca precisamente a diferentes poetas y escritores nacionales que dan su visión, su disparo de gracia, a esa colmena de la que Gonzalo Escudero no deja de preguntarse: "¿Quién

dijo que en Nueva York hay estrellas?"; lecturas de una ciudad ("Las escurrideras", uno de los poemas más logrados de Euler Granda es un buen ejemplo) que forman parte del tramado de "un sistema económico cruel al que pronto habrá que cortar el cuello", según García Lorca, quien la padeció de cuerpo presente. Algo similar le ocurre al vate Galev Rigov -¿apócrifo?- (página 106) que no puede huir del sistema porque eso es caer en el juego de las ocultaciones que las fotografías de un Oriol Maspons resucitan pero nunca aparecen en las canciones de Sinatra.

Este libro de Galarza explora ese campo poco explotado en la literatura ecuatoriana (la excepción es El "muelle", de Alfredo Pareja, una de las novelas más esféricas del realismo social) el exilio como producto de la búsqueda de el dorado postmoderno, llámese Nueva York o como quiera; exilio que es reinventado sin las limitaciones de un proyecto político, sino como asunto, fondo y juego de un acercamiento, por tanto escritura, en estricto lúdica, lo suficientemente abierta como para contener a los discursos literarios y paraliterarios que se integran sin imposuras ni usos mecánicos.

La intensidad y el ritmo lunático de estos textos, convierten al lector en actuante cómplice, tal vez aquel que descifra el futuro como pedía Italo Calvino; dentro de esas aperturas la noción de exilio nunca está presente como elaboración o planteamiento para

romper con la angustia. Estas criaturas no se saben prisioneras de un "sistema cruel", sino víctimas de la mala suerte, el destino o la fatalidad de haber nacido ecuatorianos; por eso la patria asoma -es válida- como contraste: allá éramos pobres, acá somos ricos aunque eso no sirva para acabar con la soledad, la humillación y el desprecio. Para estos hijos del desasosiego la única forma de resistir es plantearse retos imposibles; el referente inmediato de su historia es la máscara que usan según la ocasión, el tiempo que les queda para morir o para descifrar la agresión de una ciudad-máquinaria que no pueden atrapar ni con mentiras, peor con palabras que el hastío les arrebatara. La otra noción, la de lo aberrante, es la que mejor empata con estas leyendas del final de la historia. Aquí se escucha a los racistas que creen que siéndolo están más cerca de alcanzar las promesas esperadas, o sumarse a una de esas organizaciones que los condena y repudia por las mismas razones por las que ellos buscan integrarla.

Muchos, gran parte de los fragmentos de este collage, recurso explotado en todas sus posibilidades, tienen los tonos de un cuadro de Munch o de Ernest Ludwig Kirchner: de pronto el aire se estrecha, los sentidos se trastocan hasta contagiarnos de ese frío que nos transmite la niña hermosa que se entiende con las ratas, que no son sus rivales, son sus ángeles de la guarda

(La vida, pág. 17). Esa asfixia no es expresionista gratuitamente, su sentido fatal emana de las situaciones, los ambientes, las broncas en las que se baten los personajes que en tanto se olvidan de ser personas, sus infamias y noblezas (escasas, pero noblezas al fin) son la piedra de toque, de embrujo para no perderles la pista, esa que se prolonga en la medida en que la estructura circular, porque rota, impide que exista la última página. Hay momentos en los que ese expresionismo más efectivo que un puñal, da paso al humor que arrolla hasta progresar hacia una ironía que no perdona nada ni a nadie. El humor, Galarza lo cultiva con sutileza y en dosis impecables, es uno de los recursos que emplea con eficacia en el proceso de exploración y exposición de este bestiario urbano en el que no importa ni interesa determinar qué corresponde a la realidad y qué a la ficción, este no es un manual ni un catecismo para justificar ni contentar a los arrepentidos y sus deudos. Aquí la realidad no supera a la fantasía, simplemente se alían, se entienden para desacreditar los sueños, lo que cuenta en estas páginas son las palabras, su vehemencia, su sangre devoradora.

Quienes se involucren con esta dama muy difícilmente se olvidarán de Mila, esa novia robada, Diana solitaria,

Penélope de todas las Itacas habidas y por fundar a quien Galarza le dedica este volumen que es homenaje y celebración de una mujer con tren y ternura aparte. Mila es un recuadro, un recuento de la alucinación que arrastra con todo; la nostalgia negándose como objeto decorativo, formando parte del mapa de la memoria que se emparenta con ese "edén subvertido" del poeta Ramón López Velarde.

Piezas como "Una flor que me cuelgo en la solapa", "Cama caliente", "Onda corta", "Desde el sueño", destacan y perturban por su capacidad evocadora, por ser metáforas de sí mismas, porque la materia que las propicia se adhiere al ritmo desesperado de quien cuenta y lee. Por eso resulta complejo (tarea inútil) acercarse a estos artefactos narrativos sospechando que son parte de una novela trunca, cuentos que no han terminado de armarse, reportaje periodístico que se queda a medio camino del ficcionalizado, quien intente ese camino, de un solo tiro agota las múltiples y diversas posibilidades de lectura que circundan a este libro al que volver siempre resultará un reencuentro grato y desconcertante con la vergüenza ajena.

Quito, octubre 1996.